



SAN LORENZO, MARTIR.

Corría el siglo III de la iglesia de Cristo, y las convulsiones del imperio romano anunciaban la catástrofe tremenda del gran coloso, dueño del mundo. Roma había gozado tan solo un breve momento de reposo con el benigno gobierno de Maximino y de Balbino; pero las guardias pretorianas, acostumbradas ya á

no tolerar otros emperadores que los que fueren de su antojo, se habían apoderado escandalosamente de aquellos dos príncipes en ocasión de unos juegos públicos, y arrastrándolos por las calles con ignominia, los habían inmolado á sus bárbaras exigencias. Las guardias pretorianas eran pues las dueñas del imperio.

10 DE AGOSTO DE 1856.

Desde Balbino hasta Valeriano y Galieno no presenta la historia romana mas que un horrendo y nauseabundo tejido de crímenes de todas especies y formas, perpetrados por los emperadores y Césares en las personas de sus antecesores y parientes: un cuadro sangriento de usurpaciones que se perpetúa hasta la total extinción del imperio. Cuando Valeriano se asoció en el gobierno su hijo Galieno, se agregaron á los grandes males que Roma padecía todos los que dimanaban de ser gobernado un pueblo por un príncipe cobarde, muelle, afeminado é inactivo; de manera que el Eterno en sus profundos designios aceleraba el triunfo de la fé cristiana, enervando el brazo de los emperadores para toda obra útil á la conservacion del imperio y robusteciéndolos con espíritus de inaudita tenacidad y barbarie, para dar mayor realce al glorioso testimonio de sangre que prestaban cada dia las inocentes víctimas cristianas. Cuanto mas impotentes á sustentar la desquiciada máquina del imperio, cuanto mas débiles para rechazar á los francos, germanos, sármatas y godos que les invadían por el norte, y á los reyes impetuosos del oriente, mayor fuerza y empeño querían mostrar en dominar, sofocar y destruir la palabra de la verdad, cien veces mas poderosa que todos los ejércitos, y huestes, y hordas de la tierra de uno al otro polo, y cada vez que un santo mártir espiraba entre suplicios, recibía el imperio vacilante un ataque mas rudo que si los bárbaros circunvecinos le arrancasen un pedazo de su desgarrada púrpura, apoderándose de una provincia entera.

En tal estado de cosas, mientras la gran peste de quince años diezaba á Roma, mientras Valeriano vencido arrastraba en Palmira sus cadenas atado al carro de Sapor, rey de Persia, y para colmo de ignominia, servía de escabel con sus hombros al pie de su inflexible vencedor; Galieno, lejos de correr á la venganza de su padre vivía entregado al mas desembozado libertinaje, al lujo, á la frivolidad y á la crueldad mas sanguinaria. ¡El estruendo de la guerra, las llamas del incendio llenaban las Galias, la Grecia, el Asia!... ¡Los generales, afortunados solo en los vergonzosos combates de amor, cubrían descaradamente sus hombros con la púrpura!... El emperador se entretenía en construir voluptuosas estancias de hojas de rosas, y murallas de variadas frutas hábilmente entrelazadas, y repartía su día entre las soñolientas horas del baño, los banquetes, los juegos públicos y el espectáculo fecundo en emociones que le proporcionaba la heroica fortaleza de los mártires cristianos.

La cruda persecucion que los discípulos de Cristo sufrían, tenía los á todos dispersos y consternados. Como huyen las aves cuando abandonando los sembrados al soplar las primeras ráfagas de una súbita tempestad de verano, y se guarecen y apiñan trocando sus nidos mientras descarga la devastadora nube, así los cristianos reunidos en Roma se habian desparramado al anunciarse la nueva persecucion suscitada por Galieno, y si bien alguno que otro alentado por especial gracia divina, la arrostraba y perecía víctima de ella, los demas se hallaban refugiados ya en las casas de algunos patricios recientemente convertidos á la fé, ya en las quintas de algunas familias principales y respetadas, ya por fin en algunas cuevas que habian servido de asilo en anteriores persecuciones.

Una noche del mes de agosto de aquel año, que era el de 261 de nuestra era, mientras en los jardines del palacio de Galieno celebraba la nobleza romana con suntuoso banquete y atronadora orgía la cruel sentencia del emperador por la cual iba á ser degollado en breves horas el santo papa Sixto II, subía lentamente hacia la cumbre del monte Celso entre el silencio y la oscuridad un jóven cargado con un bulto, saco de cuero, y cuyos pasos anunciaban el recelo y la fatiga. Era Lorenzo, diácono del pontífice, de nacion española, que por encargo de aquel justo que iba aquella misma noche á ser conducido al martirio, andaba buscando á sus pobres hermanos en la fé para repartir entre ellos los escasos tesoros de la iglesia expuestos á la rapacidad de sus perseguidores. Vivía en el monte Celso una viuda llamada Ciriaca, la cual tenia refugiados en su casa gran número de cristianos. Estaba á la sazón aquella piadosa mujer cruelmente atormentada con dolores de cabeza que la privaban de

sentido, y despues que Lorenzo hubo socorrido á sus hermanos con copiosas limosnas, deseoso de dejar á la viuda una prueba de lo agradable que era al Señor su santa caridad, llegóse á ella y puso ambas manos sobre su cabeza. Partió en seguida, y antes que empezase á bajar el monte ya habia saltado la mujer libre de su dolencia del lecho en que estaba postrada, prorumpiendo en fervientes acciones de gracias al cielo por el milagro que se habia dignado obrar con ella.

Los cristianos que con admiracion la cercaban, presintieron entonces con el gozo por la santidad del jóven Lorenzo, un vago y sagrado dolor que les anunciaba que pronto se verían privados en la tierra de tan caro hermano. Cayeron todos de rodillas, y entonaron juntos su plegaria pidiendo á Dios con lágrimas en los ojos armase de fortaleza á aquel justo mancebo si era su santa voluntad destinarle á la tremenda prueba del martirio.

Apenas empezaba á alborear, y ya se veía coronada de gente la via que conduce desde la cárcel Mamertina al templo de Marte, por donde habia de pasar el anciano Sixto, condenado al último suplicio. Entre la multitud que impaciente le aguardaba, se hallaba Lorenzo, el cual, cumplido ya el encargo del pontífice, acababa de distribuir las últimas monedas de su saco entre los cristianos recogidos en la cueva Nepociana, de donde ahora salía. Un súbito rumor que cundió por la multitud agrupada anunció la llegada del santo mártir, y luego sobre el general murmullo resonó distintamente una voz que gritaba:

— ¡Padre, padre! No me desampares: ya cumplí tu mandamiento, ya distribuí los tesoros que me entregaste, ¡déjame morir ahora contigo!

Lorenzo, que era el que pronunciaba estas palabras, acababa de romper la barrera que le separaba de su maestro, y llegando hasta él, á pesar de las guardias y ministros de justicia que le rodeaban, se arrojó en sus brazos bañándole el seno de copiosas lágrimas.

— No te dejes, hijo mio, le respondió dulcemente Sixto; antes te hago cierto que será tu batalla mas cruel y rigurosa: yo como viejo y de pocas fuerzas, pasaré mi carrera de presto; mas tú como mozo y valiente, conseguirás del tirano mas glorioso triunfo.

Mientras decia esto el pontífice, la gente del emperador oyendo á Lorenzo hablar de tesoros entregados por su maestro, se apoderó del mancebo español y le condujo á la cárcel pública, dando parte de lo sucedido al cruel Galieno. Holgóse mucho el emperador de que hubiese caído en su poder el que los tesoros de la iglesia manejaba, y halagada su imaginacion con la idea de pingües riquezas supuestas, mandó que se hiciese uso de todo género de fuerza para obligar á Lorenzo á descubrir el paraje donde se hallaban.

Entre los varios martirios que hicieron sufrir al jóven diácono despues de despedazarle cruelmente con escofinas de hierro y azotarle y quemarle los costados con planchas encendidas, mandó Galieno ciego de furor por su rara constancia que le tendiesen en la catasta, y que allí le descoyuntasen, estirándole con tornos los brazos y piés.

Vuelto á su prision despues de este horrendo suplicio, mientras agitaba convulsamente sus destrozados miembros, arrastrándose sin fuerzas sobre las losas ensangrentadas donde yacía, entró de repente en su busca un soldado que traía un vaso con agua, y arrojándose á los piés de Lorenzo.

— ¡Piedad! exclamó: ¡santo eres, ten compasion de mí, y bautízame!

— ¿Quieres tú tambien ser cristiano? le preguntó Lorenzo con una inefable sonrisa muy superior á toda expresion de júbilo de la tierra.

— Si, replicó el soldado, tu Dios es el mio, en él quiero vivir, porque es el único ante quien puede prosternarse la criatura.

— ¿Dónde supiste de él?

— Hoy en tu martirio.

— ¿Quién te lo enseñó?

— Mis propios ojos. En tanto que tú yacías en el lecho del tormento con los miembros descoyuntados, un frío sudor corría

por tus músculos y bañaba tu frente teñida por la sombra livida de la agonía, tu boca empezó á murmurar voces desconocidas y vieron de súbito mis ojos un resplandor que de lo alto bajaba, velando tu cabeza. Luego un mancebo muy hermoso, cubierto con una túnica blanca se apareció junto á tí, y con un lienzo finísimo fué limpiando el sudor de tu rostro y las llagas de tu cuerpo. El mancebo era Jesus, á quien llaman Cristo, y aquellos resplandores procedían de la santa paloma, que es el espíritu de Dios padre, que descendía sobre su hijo.

Incorporándose Lorenzo se volvió hácia el soldado, y le bendijo con fraternal amor. Este soldado recibió pocos dias despues la corona del martirio.

Al dia siguiente dijo el prefecto á Lorenzo:

— Que traigan un brasero ardiendo, pero que bajo la ceniza sofoque la llama para que no devore demasiado pronto tus entrañas, que los carbones te consuman poco á poco, y que el suave soplo de las brasas cueza y queme por grados tus miembros. Bueno es que el jefe de estos cristianos haya caido en mis manos; yo les haré ver lo que les aguarda: sube al lecho que te preparo para tu sueño, y cuando estés en él, argumenta á tu placer y discute si Vulcano es un Dios ó no.

Los cuestionarios arrancan al mártir su túnica y le extienden atado sobre unas parrillas. Una luminosa aureola se coloca sobre su cabeza, y su faz se ilumina como la de Moisés al bajar el monte Sinaí. Aquella aureola, en la última hora, se dejó ver tambien sobre la frente del primer diácono Esteban, cuando al través del diluvio de piedras que le arrancó la vida veia entreabrirse el cielo.

El olor de la carne abrasada del mártir, era para los paganos un vapor fétido y vengador; para los cristianos una perfumada brisa.

Cuando el lecho de fuego abrasó la mitad de su cuerpo, el mártir se volvió á un lado y dijo á su juez:

— Ya estoy bastante asado de este lado, volvedme del otro: ¡Vulcano ha cumplido bien su oficio!

El gobernador ordenó que le volviesen, y el mártir, un instante despues:

— Ya está cocida, le dijo, come, y prueba si la carne de los cristianos es mejor asada que cruda.

Habló así, y con una sonrisa de burla en sus labios, levantando los ojos al cielo, y compadecido de Roma exclamó:

— Tú, ¡ó Cristo, Dios eterno, esplendor y luz del Padre, creador del universo, tú que has puesto en haz en las manos de Roma todos los cetros de la tierra, y que has hecho arrodillar al mundo ante su toga quirinal, para que todas las naciones viniesen y confundiesen en ella sus lenguas, sus costumbres y su genio, preparando así un pueblo hecho para tí en el porvenir! haz cristiana está Roma ¡ó Cristo! y bautiza esta cabeza del mundo de que las otras naciones son miembros, á fin de que regenera la tierra: el senado adora aun los dioses de la Frigia, y los penates de Troya, que desterrados de su patria encuentran un asilo en los hogares de Roma: que Rómulo sea cristiano: que Numa crea en el Evangelio; los dos príncipes de los apóstoles han tomado ya posesion de ella, y reinan en tu nombre; el uno le has considerado como el evangelista de las naciones, el otro le has sentado en la silla suprema y le has dado las llaves de las puertas de la eternidad. Huye, ¡ó viejo dios caduco!.... Infame Júpiter, ¡huye lejos de Roma libertada por Cristo!....

Dos hermanos á quienes el espectáculo de su agonía habia convertido para Cristo, despues de la muerte del glorioso mártir cargaron sobre sus espaldas los sagrados despojos, siendo sepultados en un cripto situado sobre la via Tiburtina y que pertenecía á Santa Ciriaca, cuya ilustre viuda tenia allí tambien su sepultura.

Este gran favorecedor de los pobres fué enterrado con la cabeza envuelta en un lienzo de que él se habia servido para enjugarle los piés. Cuando se abrió su sepulcro antes de ser trasladado á la antigua basilica edificada en este mismo sitio, las cenizas y los huesos calcinados que se encontraron dieron un nuevo testimonio de la relacion de su muerte.

La parrilla, la forma de este instrumento que sirvió para tan bárbaro suplicio, quedó despues andando los siglos perpetuada en la planta de una de las mas grandiosas fábricas de la cristiandad, erigida entre los montes del Escorial, en memoria de aquel ilustre mártir, gloria de España, y mas particularmente de Huesca, lugar de su nacimiento, y este suntuoso monumento que atestigua las glorias de España y la piedad de su rey Felipe II, es reputado por la octava maravilla del universo.

El célebre pintor Eustaquio Le Sueur ha consignado en una de sus obras maestras, cuya copia damos hoy á nuestros lectores, las glorias del santo mártir español, elevándose en su composicion á la altura de los Rafaeles y Ticianos.

José MUÑOZ GAVIRIA.

DOS RAMOS DE FLORES.

Á GERTRUDIS.

Les vents lourds de l'hiver qui soufflaient par rafales
Echappés des ravins, hurlaient par intervalles,
Et detachant du drap la couronne de fleurs....
M'en jetaient en sifflant les feuilles au visage.
LAMARTINE. — Jorelyn.

I.

— Vida de mi vida, qué seria de tu pobre poeta si algun dia llegara á faltarle ese amor en que vive mi alma y que alimenta la llama de mi inspiracion.

— Y cómo te ha de faltar nunca si tu amor es el mas delicioso de mis sueños realizados, si tu cariño hace brotar espontáneamente el mio.

— Soy tan feliz, Emilia mia, cuando me miro en tus ojos, cuando oigo de tus ardientes y rojos labios palabras tan enamoradas como las tuyas.

— ¡Y yo te amo tanto!

— ¡Y me amarás siempre?

— Mas que siempre, toda mi vida.

Y mis dos amantes ébrios de amor se estrecharon las manos, y se miraron con todo el ardor, con todo el entusiasmo de la pasion mas grande de las pasiones.

— Por eso, Emilia, he concluido hoy mi novela, me la comprarán, y el primer dinero que de ella gaste será en un ramo para tí.

— Y yo cubriré de besos el ramo que me traigas.

— Y yo te adoraré.

Efectivamente, si Augusto no concluye su novela, nuestros dos amantes no podrán vivir.

Únicamente cuentan con la imaginacion lozana de Augusto; pero su imaginacion es una mina inagotable de la que brotan tesoros esplendentes.

¡Es una imaginacion de 20 años!

¡Y cuántas cosas no pueden sacarse de ella!

Sueños, ilusiones, esperanzas, amores, todas estas cosas abundan en ella; por consiguiente Augusto y Emilia son ricos.

Res angusta domi no se ha dicho para almas juveniles.

Dans un grenier qu'on est bien à vingt ans.

Esa es la verdad.

Si no preguntádselo á mis amantes.

Y os contestarán que Beranger tiene razon, que el amante de Lisette habla por experiencia.

II.

Pero mas vale que no se lo pregunteis.

Augusto os contestaria que sí, Emilia.... pero no quiero hablaros de ella; aun ama al poeta con toda la efusion de sus 48 años.

Y si alguna vez ha soñado con riquezas y lujo, tambien su feliz miseria se ha presentado en sus sueños y las ideas de seducción han sido deshechadas.

Augusto ha vendido su novela, ha buscado flores y no las ha hallado, y se ha vuelto á su casa un poco triste; pero con el producto de su obra intacto en el bolsillo de su chaleco.

Ha comunicado la triste noticia á su amada, y la niña se ha sonreído diciendo: mañana.

Pero en su sonrisa ha habido algo de triste y burlón.

Augusto no lo ha notado, y ha procurado consolarla de este contratiempo.

Al día siguiente ha recorrido todos los puestos de flores.

No ha encontrado ninguna que le dejara satisfecho.

Ha ido á casa de los jardineros que tienen estufa y se ha gastado la mitad de su dinero en un ramo.

El ramo era lindísimo.

Al volver á su casa, ha venido cubriendo de besos las flores que habian de perfumar la habitación de la mujer amada.

Al entrar en ella Emilia tenia entre sus manos otro ramo mas magnífico.

Augusto se ha admirado.

—¿Quién te ha traído esas flores?

—Yo las he comprado con mis ahorros por si tú no encontrabas, ha dicho la niña balbuceando, y se ha puesto colorada como las camelias que tenia, al decirselo á su amante.

Augusto ha notado su turbacion, y un escalofrio ha recorrido su cuerpo.

Emilia mentía por la primera vez despues de seis meses.

Es decir, despues de un siglo de felicidad para muchos.

Despues de un minuto para otros.

Pero el ramo está ya puesto en un vaso de china; Emilia ha dado las gracias á su amante.

Esto no está tranquilo.

Y se ha salido de su casa.

Un amigo le ha llamado, y le ha rogado que subiera.

Era un vecino suyo.

III.

—Pobre Augusto, le ha dicho al entrar.

Y Augusto se ha conmovido.

—¿Qué indigna es esa mujer de un amor tan grande como el tuyo!

—Emilia me ama, ha contestado el pobre poeta, turbado con una noticia que para él no lo era, y se ha asomado á la ventana para ver la feliz habitación, nido de sus amores.

Emilia ha salido á la ventana.

Augusto se ha ocultado.

Emilia ha sacado el ramo del poeta, y le ha dejado en el pozo de la ventana.

Soplaba el frio de últimos de diciembre.

Las pobres flores acostumbradas á vivir en el benéfico clima de la estufa, han cerrado sus pétalos al frio contacto del hálito del invierno.

Y el viento ha arrebatado las primeras hojas.

Y despues otras que han venido á tropezar en el rostro de Augusto.

Cada uno de aquellos pétalos arrancados por el viento frio de la tarde, le ha arrancado á él una lágrima.

—El otro ramo es mas feliz que el mio; ha dicho y se ha entrado á llorar!

Su amigo ha intentado en vano consolarle.

—¿Qué frases pueden enjugar el llanto del que se lamenta de la ingratitud de la mujer amada?

Pero la muerte ha empezado á desplegar sus tristes y funerarios velos.

Augusto se ha vuelto, triste, abatido y lloroso á casa de su amada.

IV.

Emilia no estaba.

Ni el ramo feliz, al cual habia postergado el suyo, tampoco. Entonces Augusto abrió la ventana, y sacó las flores que habia comprado á peso de oro.

Habia dado por ellas la mitad de sus ilusiones, la mitad de los sueños de su alma.

Una carta habia encima de su mesa.

Era de Emilia, y decia así:

Señor poeta: la mujer no vive únicamente de ilusiones, el amor abriga poco; esto te explicará por qué me voy á otra parte.

Adios para siempre, solo me llevo los dulces recuerdos de los primeros días de nuestros amores. Emilia.

Dos lágrimas han caído de los ojos de Augusto, sobre las flores de el ramo que él habia comprado.

Al contacto de ellas un nardo, reanimado por este húmedo y ardiente rocío, ha abierto su broche perfumado y ha esparcido una oleada de perfume, pero abrasado por ellas ha muerto marchito.

—¡Yo que la amaba tanto, ha dicho Augusto, yo que cifraba en ella mi felicidad, y me olvida por lujo, por dinero, ¡pobre de mí!...

EPÍLOGO.

El autor. ¡Pobre Emilia!....

AGUSTIN BONNAT.

NAZARETH.

Debe Nazareth su celebridad á haber sido por mucho tiempo la residencia de Josef y de María, y á haber pasado los treinta años de su vida privada en ella Jesus, el Salvador del mundo. Así vemos que Cristo recibió el nombre de nazareno con que los israelitas por burla le designaban; pues los habitantes de Nazareth se distinguían por su sencillez, por su rusticidad y por su ignorancia.

Nazareth es hoy una ciudad de la Turquía asiática, en Siria, bajalato, á cinco leguas y tres cuartos al S. E. de Acre, y diez y seis al N. de Jerusalem, situada cerca y al oriente del monte Taber y al norte de la llanura de Esdrelon, en el declive oriental de una montaña. No debe ser grande la antigüedad de esta ciudad, pues solo se encuentra mencionada en el nuevo testamento.

Una ciudad que habia sido por tantos años testigo de las acciones del Salvador del mundo, que habia sido su residencia ordinaria antes de comenzar su vida pública que empieza en el Jordan y termina en el Gólgota, debia ser necesariamente una ciudad que llamase la atención del mundo cristiano. Así es que cuando la Europa entera se lanzó sobre la Palestina para la conquista de los santos lugares que habian visto la redención del género humano, Nazareth fué uno de los puntos donde la devoción y la piedad de aquellos nobles guerreros que habian tomado la cruz alzaron templos en honor del Salvador del mundo. Hoy hay en Nazareth cuatro iglesias, una mezquita y un convento de franciscanos, con una hospedería para peregrinos. La hospedería está hecha á imitación de la grande y magnífica que existe en el monte Carmelo, aunque es mucho mas reducida. La iglesia del convento de franciscanos de Nazareth pasa con razon por una de las mas ricas y elegantes de todo el oriente. Ocupa la bóveda de la casa en donde vivió María; aquella casa que fué testigo del mas alto de los misterios, donde el ángel Gabriel vino á anunciar á la modesta Virgen que concebiria su seno y pariría al Salvador sin menoscabo alguno de su pureza y virginidad. El altar mayor de la iglesia está muy elevado: súbese á él por diversos escalones, como sucede en la mayor parte de las ciudades de Italia, como sucede tambien en algunas catedrales de España, muy particularmente en las de Toledo y Sevilla. En cada uno de los extremos del altar hay enormes candeleros de plata maciza, don de la piedad de los reyes de Portugal. El órgano excelente que hay en esta iglesia es un regalo del rey de Francia Luis XV. El edificio de la iglesia es

de la mas bella arquitectura, y en su mayor parte de construcción moderna: los oficios divinos se celebran allí con una suntuosidad igual á la que se usa en las catedrales de Italia y en las de España, donde antes se hacian de una manera que no dejaba nada que envidiar á la capital del mundo cristiano.

Hemos dicho que el convento de los franciscanos es una miniatura del del monte Carmelo, y esto es tanto mas exacto cuanto que apenas pueden alojarse allí diez personas; pero los viaje-

ros están perfectamente tratados. El oriente es la tierra de la hospitalidad, y los religiosos franciscanos practican esta, además de seguir las costumbres del pais, con el espíritu cristiano que los ha hecho encerrarse en aquellos lugares. La hospedería se halla separada por una plaza del convento grande que está contiguo á la iglesia: allí no entran los forasteros, á menos que no sean sacerdotes.

Acuden á la iglesia á los oficios divinos gentes de diversas



Iglesia de San Francisco en Nazareth.

religiones; y mas de una vez por las contiendas que se suscitan entre los griegos y los latinos que celebran alternativamente sus oficios en diversos dias de la semana, ha sido la iglesia de Nazareth, como las de otros puntos de la tierra santa, objeto de escandalosas luchas en que ha corrido la sangre de los hombres reunidos allí para alabar al Dios de paz.

Estas disidencias que datan de siglos, que han agitado los ánimos y que han sido objeto de grandes y vivas reclamaciones entre las potencias cristianas, la sublime puerta otomana y la Rusia, como protectora de la religion griega, han sido una de las principales causas, uno de los pretextos ostensibles que han dado margen á la última guerra que han sostenido la Fran-

cia, la Inglaterra y la Turquía contra la Rusia; esa guerra que comenzando en el desastre de Sinope, en que la Rusia quema la escuadra turca, ha terminado con la toma de la torre Malakof y la destruccion de Sebastopol: esa guerra que á no haberse terminado tan prontamente por la voz unánime que en toda Europa se habia levantado por la necesidad de la paz, hubiera envuelto necesariamente á toda ella en los horrores de la guerra. Tan cierto es que motivos fáciles, sencillos en la apariencia han bastado en todos los siglos para trastornar el mundo.

La guerra de la Rusia y las potencias aliadas ha traído la modificación de que el protectorado de los santos lugares se ejerza colectivamente por todas las grandes potencias cristianas.

La España, á pesar de que hoy ha perdido su influencia en el exterior, y que no tiene los ejércitos que en otro tiempo dominaron casi toda la Europa, tiene sin embargo grande influencia en los santos lugares, porque el convento de Nazareth y otros muchos de Jerusalem están poblados por religiosos españoles, que con la mas santa abnegacion, renunciando á su patria y á las comodidades de la vida, han ido allí á encerrarse en aquellos monasterios donde todos los dias están expuestos al insulto de los bárbaros infieles, y en donde por todo medio de subsistencia no cuentan mas que con las escasas limosnas que la piedad, hoy tan resfriada, de los fieles les suministra. Así es que la primacia y superioridad que en otros tiempos ha ejercido la España en épocas mas venturosas y felices en la Palestina, hoy ha recaído en la Francia.

José MUÑOZ GAVIRIA.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

He pasado muchos dias, sin escribir en mis memorias.

O, mejor dicho: hoy, antes de quedarme solo, cuando pensaba haber despertado de uno de esos sueños densos, en que nada se siente; sueño de tinieblas en que nada se vé; sueño que es la negacion de la existencia y del que se despierta, antes de acabarse de dormir, espeluznados, estremecidos, frios, como si se hubiera sentido el contacto de la mano de la muerte; cuando solo creí, repito, despertar de un sueño horrible, me han dicho que he estado un mes delirando, furioso, nombrando á Amparo, amenazándola, apostrofándola, insultándola, prodigándola los epítetos mas degradantes.

Yo no recuerdo nada de esto.

Me he mirado al espejo y he visto...

¡Oh! el aspecto de mi miseria me ha hecho llorar.

Mi llanto ha sido una elegía muda á mi destruccion.

Porque yo soy una ruina.

El espejo que no mente me lo ha dicho.

Y luego, hay en mis ojos una cosa que me espanta; algo de fuego recóndito allá lejos, muy lejos, en la inmensidad, en lo infinito, dentro del foco de mi mirada.

Mis cabellos están blancos y rígidos, mi piel árida y arrugada, mi boca contraída.

Y luego estoy flaco, muy flaco.

Debajo de mi piel, que me viene muy ancha, se pueden contar mis ligamentos y mis arterias.

¡Ah! sin duda estoy loco... ¡loco!

¡Bah! no hay que afligirse por eso.

Yo creo que el mundo no es otra cosa que un gran hospital de locos que se comprenden y que se despedazan, comprendiéndose, y que solo se encierran en hospitales mas pequeños á los locos á quienes no comprende nadie... ó acaso, acaso, llame el mundo locos á los que tienen razon.

La verdad es que yo veo continuamente hombres que se creen muy cuerdos, y á mí me parecen lo mas rematados.

Me causan risa y lástima...

No me acuerdo de lo que he hecho ó dicho durante ese mes.

Sí, indudablemente ha pasado un mes, sin que yo le sienta pasar.

Ayer el rosál que tengo en mi ventana, estaba cubierto de rosas; hoy... las rosas están muertas, deshojadas... solo las queda el pétalo negro y seco.

Ayer me trajeron un nido de ruiseñores.

Estaban triponcillos y desnudos; tenían hambre, y abrian, piando en coro, unas desmesuradas bocas amarillas: hoy están enteramente cubiertos de su plumaje pardo, saltan en la jaula, y ensayan sus primeros trinos.

Ayer mi cuadrante marcaba el mediodía natural á las doce y tres minutos, y hoy le marca á las doce y treinta y tres.

Ha pasado un mes en que no he vivido.

Un mes, en que el no ser me ha envejecido veinte años.

Ayer aun era jóven: hoy soy ya anciano.

¡Ah! ya me acuerdo... ya comprendo.

Vivo yo en un pequeño aposento: en este aposento hay algunos muebles muy sencillos...

En este aposento hay una reja que da sobre un jardín... sobre un pobrecillo jardín descuidado, en que las malas locas se extienden libremente, y que es mi pequeño mundo.

Hay además una puerta muy fuerte, que tiene una rejilla muy espesa.

Esta puerta da á un pasadizo oscuro, por donde entran, como por una cerbatana, gritos estridentes, alaridos, bramidos, imprecaciones, carcajadas, cantares, rugidos; son de cadenas que se arrastran, chasquidos de puertas que se cierran, una tempestad continua desonidos discordantes, secos, desentonados, agudos, horribles; algunas veces, de noche, muy tarde, suele avanzar, jadeante y cansado, por decirlo así, un canto triste, dulce, suspirante, siempre el mismo, cuyas palabras no se entienden, pero cuyo sentimiento se adivina; canto con el que vuela por la estrecha crujía, apagándose, perdiéndose, gastándose al rozar las paredes, el alma de un ser que llora cantando: suave oleada que se escapa de un océano de sentimiento, y que acaricia mi alma y la consuela.

He preguntado de qué cuerpo se exhalaba aquella alma, y me han dicho:

— Es una pobre jóven que ha perdido á su esposo y á su hija, y se ha vuelto loca.

Yo amo á esa loca.

Quisiera saber su historia.

He ofrecido dinero, todo el que quiera, al que me traiga la historia de esa loca, y ha sido en vano.

La infeliz ha concentrado, ha sintetizado, ha simbolizado su historia en esa melodía inventada por ella; en ese eterno canto sin palabras... y no sabe mas.

No pudiendo conocer su historia, quise conocerla á ella.

Ofrecí, compré la realizacion de mi deseo, y me sacaron de mi tumba, para llevarme á otra tumba... mas pequeña, mas oscura, mas horrible.

Allí, replegada en un rincon, medio desnuda, temblando de frio, habia una mujer.

Una jóven con los cabellos canos...

Una ruina como yo...

Sin embargo, mis ojos vieron su hermosura... aquella mujer debió tener los cabellos negros y brillantes, y los ojos negros y llenos del fuego del amor.

La miré, me miró, se arrancó de su rincon, y se vino á asir los hierros de su jaula.

Me contempló con fijeza, se sonrió, y me dijo:

— ¡Tú tambien!

Y luego se volvió á su rincon, y entonó su eterna melodía. Y entonces, cerca de mí, á mis espaldas, me estremeció una voz de mujer.

Aquella voz habia pronunciado, conmovida y trémula, una palabra de conmiseracion para la pobre loca.

Aquella voz me hizo temblar; me volví, y ví delante de mí una mujer, un viejo y un niño.

Y la mujer... ¡oh Dios mio! la mujer lanzó al verme un grito horrible, y yo... yo... hace un momento que despierto... hace un momento que recuerdo...

¡Era ella!... ¡Amparo!... ¡viva!... ¡al lado de otro hombre!... ¡delante de mí!...

¡Oh! ¡es imposible! ¡imposible de todo punto! ¡mi razon perturbada por la vista de aquella loca infeliz!...

Pero el acento de aquella mujer, reposado, grave, sonoro...

Y sus ojos, y su frente, y sus cabellos...

Y su terror al verme...

¡Oh! ¡no! ¡no puede ser! un acento parecido... un terror natural en ella... porque yo, al escuchar aquel acento, me volví amenazador, terrible, á la persona que lo habia producido...

No, no podía ser Amparo.

Los muertos no se levantan de su tumba.

Indudablemente no era ella, como no es ella ese blanco fantasma que veo algunas veces durante mi delirio de pie é inmóvil junto á mi lecho.

Acabé de fastidiarme en París.

Mas aun, empecé á sentir un deseo punzante de ver á Amparo.

Como estaba acostumbrado á hacer mi voluntad, apenas el deseo de verla se me hizo exigente, me puse en camino.

Llegué á Madrid, y como habia alentado una ilusion acaso para entretener mi hastío, y esta ilusion era la atmósfera en que vivia, sin tomarme mas tiempo que el necesario para lavarme y mudar de traje me presenté en el colegio.

Salió á abrirme una persona desconocida, que me miró con extrañeza.

— ¿Doña Gregoria?.... dije.

— No vive aquí, me contestó la criada y me dió con la puerta en las narices.

¡No vivia allí! sin embargo yo no me habia equivocado; era la misma casa.

Sali dudando y miré á los balcones del cuarto principal.

Allí estaba la muestra, la antigua muestra del colegio, una Minerva coronando á una niña.

Sin embargo allí no vivía Doña Gregoria.

El acento con que la criada me habia contestado demostraba claramente que no la conocia.

Acaso habia dejado la enseñanza y traspasado el colegio; ¿quién sabe?

Volví á subir la escalera y llamé.

Se abrió la puerta y.... un perro viejo, lanudo, Mustafá, en una palabra, se abalanzó á mí, loco de alegría, ladrando, ahullando, gruñendo, saltando.... habia encontrado al fin un amigo.... habia encontrado á Amparo.

Sin hablar ni una palabra á la criada que me miraba con asombro, seguí á Mustafá que en medio de sus caricias se dirigía hacia el interior.

En aquel momento escuché el preludio de un piano.

¿Qué habia de misterioso en aquel sonido que penetraba en mi alma, que me traía algo del alma de Amparo?

Porque yo no dudaba de que ella era la que producía aquel sonido.

Hay, sin disputa, en nosotros, un sentido íntimo, una intuición poderosa, sabia, que nunca se engaña, que nos habla continuamente, que nos avisa, que nos dirige, que nos ilumina, que es la inspiración del poeta, el fuego del entusiasmo, la adivinación, y al mismo tiempo la razón, la percepción de lo que no está al alcance de nuestros sentidos.

Y esta intuición, este fenómeno de nuestro ser, no comprendido aun, me decía:

«Ella es la que produce esa armonía sentida, dulce, lánguida; esa armonía que gime; esa exhalación de un alma que sufre y llora como solo puede sufrir y llorar Amparo, de una manera dulce, resignada, poética: esa es su alma transmitida por sus dedos á las cuerdas de un instrumento.»

Y contuve con un ademán á la criada que iba á anunciarme, y con una caricia acallé las ruidosas manifestaciones de alegría de Mustafá.

La criada permaneció inmóvil y admirada en el lugar en que se encontraba, y Mustafá, como si me hubiera comprendido, calló y se encaminó á la puerta de la sala, en la cual se sentó, dirigiendo alternativamente sus miradas á la persona que habia dentro y á mí.

El piano continuaba lanzando magníficas, pero fugitivas armonías, como si obedeciese á una mano distraída, pero maestra; yo me acercaba todo conmovido, trémulo, desconcertado hacia

el lugar de donde partía el sonido, y como si aquel sonido hubiera sido el medio de una atracción irresistible.

Al fin aquellas armonías desordenadas, inconexas, no escritas, emanadas por sí mismas, sin conciencia de quien las producía, se ordenaron, se desarrollaron, crecieron, interpretando un magnífico canto de sentimiento; y luego una voz de mujer, como yo no habia oído jamás, tan extensa, tan grave, tan dulce, tan elocuente, tan pura, cantó.

Yo no sé lo que cantó: cuando el sentimiento se desarrolla, cuando domina, cuando inunda todo nuestro ser, la razón calla: yo no apreciaba, yo no comparaba, sentía: y aquel sentimiento me dominaba, me arrastraba hacia la mujer que producía en mí aquel sentimiento.

Cuando llegué á la puerta me detuve y lancé al interior una mirada ansiosa: sentada de espaldas á mí, delante de un piano estaba una mujer.

Seguia cantando.

Yo me acerqué silenciosamente, atravesé la habitación y quedé de pie, inmóvil, detrás de ella.

Ella continuó cantando; pero de repente, como si mi ser se hubiera hecho sentir del suyo, á pesar de que no me veía, de que no la tocaba, de que no producía el menor ruido, de que contenía mi respiración, volvió la cabeza y me miró de una manera profunda, tranquila, con una de esas largas miradas que solo duran un momento; y luego espiró el sonido del piano, y ella se puso pálida, contuvo un grito, se levantó y quedó inmóvil delante de mí.

Por un momento ni ella ni yo hablamos.

Yo la contemplaba.

Nunca habia visto tan soberana hermosura; nunca tanta majestad y tanta sencillez: estaba fascinado, trémulo; y sin embargo yo no conocía á aquel ser divino, á aquel ser á quien no me atrevo á llamar mujer.

No, no la conocía: era para mí enteramente nueva.

— ¡Ah! perdone V., la dije: me he equivocado.... buscaba.... dispénsame V., á los pies de V.

— ¡Buscaba V. á Amparo! me dijo.

— Sí.... en efecto, una joven....

— Que encontró V. hace seis años á media noche en la calle....

Y los ojos de la joven se llenaron de lágrimas....

— ¡Amparo! exclamé, reconociéndola al fin.

— Sí, yo soy Amparo, me contestó dominándose y sonriendo tristemente; yo soy su protegida de V.

Y calló, me indicó el sofá, y fué á sentarse junto á él en un sillón.

Seguimos guardando silencio por algun tiempo.

Yo la contemplaba con asombro.

Quisiera poder describirla.

Pero es imposible.

Yo solo puedo daros una descripción incompletísima; yo solo puedo deciros que era una joven de veinte años, alta, esbelta, admirablemente formada, con ojos negros, grandes, brillantes, hermosos hasta lo infinito; frente blanca, tersa, pura como el marfil; vamos: es imposible, lo veo: á una mujer hermosa se la pinta, no se la describe; y aun pintándola, por mas que el retrato sea obra de un gran artista, solo tendreis el remedo, porque faltará allí la vida; porque una fisonomía no se reproduce en un solo rasgo, en una sola manifestación; porque no pueden fijarse, reproducirse las ondulaciones del alma; esa sonrisa á la que sucede una gravedad triste; esa mirada anhelante que vacila y tiembla delante de vuestra mirada y se aparta de vos para volver á buscaros, ya mas serena, mas cauta, rehecha de la primera impresión; esa boca entreabierta y pura que deja escapar un hálito ardiente y entrecortado; ese seno que se alza y se deprime obedeciendo á ese hálito; no, no; el pintor solo puede reproducir el alma en un momento dado; y el alma, que es la luz del semblante, no se reproduce, no se manifiesta en una sola sensación.... es imposible que yo pueda daros una idea de Amparo.

Lo que sí puedo deciros es que estaba completamente transformada: solo conservaba de lo que había sido, la cicatriz de la herida que se había hecho en la mano derecha al huir de la infamia: por lo demás, los gémenes morales y físicos que en ella existían cuando yo salí seis años antes de Madrid, se habían desarrollado: en lo moral no era ya pobre muchacha de maneras humildes, viva y tímida á un tiempo, recelosa y confiada, conocedora solo de la miseria y resignada por un instinto de fuerza á su pobreza: era en el aspecto una dama en la que nada podía echarse menos, ni las maneras sueltas, dignas y sin afectación del gran mundo, ni el gusto mas exquisito en el traje, ni la posesión de sí misma, ni la ausencia de toda afectación, de todo encogimiento: quedaba siempre en ella la mirada lúcida, anhelante; la dulce palidez, la triste sonrisa, la expresión melancólica y profundamente resignada; pero no era aquella la resignación que se refiere á los dolores físicos, á las privaciones, al trabajo, á la carencia de todo lo necesario: era una resignación mas terrible, porque se refería al infortunio del alma; á la carencia de esas expansiones, sin las cuales un ser humano no es otra cosa que un cadáver á quien su propio cuerpo sirve de ataúd ambulante.

(Continuará).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA.

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

III

HORA DE LÁGRIMAS.

Es una noche; en el éter
No brillan los luminares,
Y el viento á lo lejos zumba
Con melancólico embate.
¡Todo es tinieblas... silencio!...
¡Not... que susurra en los aires
De oculta y sentida plática
El son misterioso y frágil.
Está el verjel solitario;
Bajo los desnudos árboles
Arrastra el ciervo aterrido
En pedazos sus ropajes.
No ya pintada maceta
Muestran los vasos de jasper,
Ni sobre cuadros vistosos
Florecen los arrayanes;
Que la noche es un sudario,
Y el jardín es un cadáver.
¿Quién turbará en tales horas,
Y en noche de horrores tales,
La soledad y el reposo
De Djida en los ricos lares?...
Es ella, la niña hermosa,
¡Y su amador el buen Zayde!
Allá, de un kiosco lejano
En el seno inescrutable,
Se oyen algunos suspiros
Que el corazón tristes parten,
Y de una plática dulce
Sones en el aura errantes,
— ¡Me vas á olvidar!... apenas
De mí ¡ay misera! te apartes,
Tu Djida cándida y mustia
Llorará ajeno á su Zayde.
— ¡No mas, Djida, que me matas!...

Ten lastima de mis males.
Antes sol faltará al día,
Son y movimiento al aire,
Luz al rayo, voz al trueno,
Llama al fuego, agua á los mares,
Que Zayde al amor de Djida
Traidor ni perjurio falte.
— De las castellanas tierras
Quizá las nobles beldades....
— Duda del matiz del campo,
Del olor de los rosales,
Del alba que da en tus ojos,
Del aura que respirases;
Duda del candor de tu alma,
Del santo amor de tu madre;
Duda que el Profeta es solo,
Y duda que Allah es grande...
Y no dudes, ó me muero,
Bella Djida, del buen Zayde,
Tu amor es el elemento
De mi ser: faro radiante
Que en el sendero del mundo,
Del bien al puesto me atrae:
La luz de las esperanzas,
Santa, espléndida, inefable.
El germen de los placeres,
Y antídoto de los males.
Tu amor me crea otro mundo;
Nuevo ser tu amor depárame,
Y me arranca de un abismo.
Y el supremo Eden me abre...
— No partas ¡ay! me parece
Que la eternidad se abre...
Quédate... — La guerra santa
Me llama á nuevos combates,
Y la patria, como suyo,
Mi brazo también demandame.
— Vas á morir... me lo anuncia
Con latidos funerales
El corazón... — Ilusiones
¡De tu amor! — No; no te marches...
Lo ordena el Califa, y dice
Que en Castilla está esperándome
Almanzor, mi inclito deudo,
Del Corán el baluarte...
— Ten piedad de mí... — ¡Alma mía!
— ¡Nada en tí pueden mis ayes!... —
— Me haces mucho mal... — ¡El alba!...
No puedo mas... — ¡Djida!... — ¡Zayde!...
Calló el eco; mas á poco
Suena un adiós lacerante,
Y entre las auras parece
Fantástico deslizarse
Un son misterioso y ténue
A dos besos semejante.
Y despues llegó la aurora
Por las puertas celestiales
A iluminar con sus rayos
El parasismo en que yace
La niña de faz de cielo,
De quince años no cabales.

(Continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Los guerreros españoles acometieron empresas en ambos mundos iguales á las de los capitanes griegos y romanos.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.